

lo vá á resolver la Cámara, porque ya ha determinado que sea la Mesa la que resuelva; y si vienen nuevas solicitudes debe darles entrada, como á cualquier otro asunto.

Sr. Presidente—He consultado á la Cámara.

Me basta que la Cámara, ó prestando ad-quiescencia á lo que acaba de decir el señor Diputado, ó votando, manifieste su voluntad.

No habiendo oposicion vá á pasarse á la Orden del Día.

Sr. Calvo—Es decir que queda establecido el precedente de que no es necesario papel sellado.

Sr. Civit—Habia pedido la palabra, señor Presidente.

Sr. Presidente—Creí que habia ad-quiescencia; pero desde que haya un solo Diputado que pide la palabra, la tiene.

Sr. Civit—Creia que la cuestion que se suscitó el otro dia en esta misma Cámara no se traeria otra vez á tela de juicio, tanto mas cuanto que la Cámara habia resuelto someter á la resolucion de la Mesa, el punto en discusion.

Entiendo que el Sr. Presidente, procediendo acertadamente, ha hecho la consulta que ha motivado la mocion del señor Diputado por la Capital.

El señor Diputado Calvo ha hecho algunas apreciaciones respecto del procedimiento que se ha seguido ó debe seguirse en este caso.

No clasificaré de extraordinario el discurso del señor Diputado Calvo, no clasificaré, señor Presidente, las ideas que él sostiene sobre esta materia.

Le reconozco al señor Diputado perfecto derecho para que aprecie la cuestion del punto de vista que él quiera; pero me parece que los términos claros y precisos de la ley de papel sellado y la práctica observada en esta misma Cámara, segun lo hice notar en la sesion anterior, es que todas las solicitudes deben venir en papel sellado.

El señor Diputado, para fundar su argumentacion, decia que uno de los primeros artículos de la ley marcaba la graduacion del papel sellado á emplearse, para llegar á este resultado: que se empleaba papel sellado segun la cantidad mayor ó menor de dinero que importaba un asunto.

No voy á contestar esta observacion del señor Diputado por la Capital, porque me parece que es inoficioso, que es inútil.

La práctica, el sistema seguidos en este mismo Congreso, el sistema seguido por el Poder Ejecutivo en asuntos que no importan suma de dinero alguna, ha sido exigir, siempre, el papel sellado determinado por la ley.

Contestando, así, brevemente, las razones del señor Diputado por la Capital, creo, como lo ha manifestado el señor Diputado por San Juan, que debe la Mesa de la Cámara resolver esta cuestion, segun los antecedentes establecidos.

Sr. Rojas (A. D.)—Que se pase á la Orden del Día, porque no hay nada en discusion.

ORDEN DEL DIA
EDUCACION PRIMARIA

Sr. Presidente—Continúa la discusion en general del proyecto de ley de instruccion primaria.

Sr. Goyena—No es necesario, señor Presidente, encarecer la gravedad de la cuestion que debate en estos momentos la Honorable Cámara.

Así lo hacia observar, comenzando su discurso, el señor Diputado por Entre-Rios que impugnó el proyecto en general.

El ha reconocido la importancia del proyecto, por el mero hecho de versar sobre la Educacion, sobre la instruccion primaria en la República Argentina.

Entrando en el análisis de este proyecto, recorriendo sus diversas faces, él se ocupó últimamente,—siguiendo en esto el plan adoptado por el señor miembro informante de la Comision,—de una parte del proyecto que es para mí—sin desconocer la importancia de todas las otras,—la que especialmente lo hace interesante, la que preocupa los espíritus, la que da á este debate el interés y la solemnidad que á los ojos de todos reviste tambien.

Es que en este proyecto se trata de uno de los caracteres de la enseñanza, sin el cual ella es desgraciadamente incompleta, y que, establecido en la ley ó suprimido en ella, influirá decididamente en bien ó en mal de la República: me refiero á la enseñanza de la religion.

Yo me felicité al oir el discurso del señor Diputado por Entre-Rios, por el tono de moderacion, por la manera desapasionada, en la forma, con que trató esta cuestion.

Me parecia, y me parece que, colocada la cuestion en eseterreno y tratada de esa manera, podia ella ser dilucidada en la Cámara, de modo que el espíritu de los señores Diputados se formara un concepto claro en una materia de tanta gravedad y trascendencia.

Yo no tomaré iniciativa alguna que tienda á dar á esta discusion un colorido apasionado; pero nunca, ni en este asiento tan alto que tengo el honor de ocupar, ni en cualquier otra posicion, esquivaria el debate, aunque él fuese llevado al terreno ardiente de la polémica.

Debo esto á la sinceridad de mis convicciones, á la verdad de mis creencias, á la dignidad de mi carácter.

El proyecto se discute en general; pero en general es, desde luego, la oportunidad de tratar la faz á que acabo de hacer referencia; porque es eso lo dominante en la ley, segun el pensamiento y el sentir de todos; porque es eso lo que puede afectar profundamente los intereses sociales, y no cualquier otra parte y no cualquier otro aspecto de la ley.

La estructura de esta, la manera de desarrollar el conjunto de disposiciones referentes á la instruccion primaria, no es hoy una novedad en el mundo, para los espíritus ilustrados.

Los ejemplos para legislar sobre esa materia se ofrecen con abundancia; y seria muy fácil referir las disposiciones de cualquiera de los proyectos que se presentáran, á otros antecedentes legislativos, á leyes discutidas ya largamente en otros parlamentos.

Así, las divergencias que hubiera serian, si la cuestion se considerase de este punto de vista, algo que no impediria dar al proyecto la aprobacion en general, cualquiera que fuese el modo de pensar de los señores Diputados sobre ciertos puntos de legislacion escolar; porque, sin alterar la estructura de la ley, con modificaciones parciales, se llegaria fácilmente al objeto que se tuviera en vista.

Yo abordo la cuestion con toda franqueza, como acostumbro hacerlo y como espero que siempre lo haré.

La cuestion importante de la ley es si el Congreso Argentino ha de establecer una disposicion en virtud de la que haya de enseñarse en las escuelas la religion y la moral.

Para esclarecer este punto, me parece indispensable,—aun teniendo en cuenta las condiciones, siempre mas reducidas, de toda discusion en las asambleas legislativas,—me parece indispensable, digo, referirme á nociones de un carácter general, antes de considerar el asunto en sí mismo y de una manera concreta.

El señor Diputado por Entre-Rios nos decia,—y me parece que esto era lo fundamental de su discurso en la parte relativa á esta cuestion,—el señor Diputado nos decia: si la Constitucion es tolerante, si la Constitucion es neutra, la ley debe ser tolerante, la escuela debe ser neutra.

Este era el punto de vista en que se colocaba para llegar á establecer que no debe ponerse en la ley de educacion, un artículo que fije como una de las materias obligatorias, como una de las materias contenidas en el mínimun de la enseñanza que ha de darse en las escuelas públicas, la religion.

Cualquiera que, sin conocer el texto constitucional, hubiese asistido al desarrollo de las ideas del señor Diputado en esta parte, habria podido ser inducido en error, porque su razonamiento arrancaba de una base arbitraria y reposaba en una inexactitud.

La argumentacion del señor Diputado por Entre-Rios, supone que la Constitucion Argentina es una Constitucion en la cual para nada se habla de religion, en la cual ninguna relacion se reconoce entre ella y el Estado: una Constitucion prescindente de todo concepto de la Divinidad, y que hubiera sido dictada con arreglo al criterio del mismo señor Diputado, quien, por una especie de benevolencia condescendencia, como se ha observado, decia que dejáramos á Dios donde está..., y apesar de reconocer, obligado por la fuerza de la verdad, que está en todas partes, insistia empeñadamente en su propósito de escluir á Dios de la enseñanza dada por el maestro en las escuelas públicas.

La Constitucion Argentina empieza invocando el nombre de Dios, fuente de toda verdad y de toda justicia; la Constitucion Argentina establece que el primer magistrado de la República debe ser católico; la Constitucion Argentina establece que el Gobierno Nacional, que las autoridades públicas sostendrán el culto católico, apostólico, romano; la Constitucion Argentina establece que se promueva la conversion al catolicismo, de aquella parte de la poblacion que no se halla todavia civilizada; la Constitucion Argentina establece relaciones entre los poderes públicos y la Iglesia Católica.

La Constitucion Argentina fija un conjunto de condiciones legales que no son inteligibles sino á condicion de admitir, como es verdad, como la historia lo evidencia, que es la ley fundamental de un pueblo cristiano, que es la Constitucion de un país católico.

En virtud de esas disposiciones, por aplicacion de los principios contenidos en esa ley fundamental, tratamos todos los años cuestiones que se rozan con la religion. Es en virtud de cláusulas constitucionales que responden á los hechos, á la tradicion, á los orígenes mismos del pueblo argentino, desde que tuvo los caracteres de una sociedad civilizada,—que los poderes públicos intervienen en asuntos que se ligan con la religion. No hace muchos dias que el Honorable Senado formó la terna para la provision de una Sede episcopal. Nos ocuparemos próximamente del presupuesto del culto. Se da en establecimientos á cuyos gastos subviene el Estado, la enseñanza superior de las materias religiosas, la enseñanza de la teología, la enseñanza del derecho canónico, con sujecion á los dogmas de la Iglesia Católica. Nadie pro-

testa ni puede protestar contra ello; lejos de traer dificultades, lejos de tener inconvenientes, es aceptado como la manera comun y tradicional de sentir y pensar del país en estos asuntos.

Desde que apareció la Nacion Argentina con los rasgos de una sociedad autónoma é independiente, entre los diversos Estados del mundo, su legislacion tuvo ya el carácter que he notado. El Estatuto Provisional de 1815 declara que la religion católica, apostólica, romana, es la religion del Estado. El Reglamento del año 1817 consigna igual declaracion. La Constitucion de 1819 la reproduce. Reprodúcela en iguales términos la Constitucion de 1826. En 1853, despues de largas luchas políticas, despues del predominio alternativo de los diversos partidos, la opinion del país, manifestada por los Constituyentes, declara que el gobierno federal sostiene el culto católico, apostólico, romano.

Y no se diga que entonces se abandonó la tradicion á que me he referido y que se prescindió del concepto religioso, de los dogmas y doctrinas del catolicismo, porque *sostener* el culto católico, apostólico, romano, segun la acepcion correcta de las palabras y las cláusulas de la Constitucion, concordantes con la declaracion citada, no es meramente, como se ha pretendido, entregar á la Iglesia una suma mas ó menos reducida de dinero, para costear lo eterno, lo material del culto. No! En virtud de las disposiciones constitucionales, el Congreso vota fondos, no solo para atender á esa parte material del culto, sino para la enseñanza de la doctrina católica á los jóvenes que han de formar el clero, para las visitas de los Obispos á sus diócesis, para las misiones á los indios, es decir, para objetos del órden espiritual, que la Constitucion Argentina y el Congreso, que legisla de acuerdo con ella, han considerado elementos necesarios al bienestar y á la moralidad del pueblo. Cuando el Congreso Constituyente del año 53 miraba la Nacion del porvenir, quiso que formáran parte de ella los indígenas, aquellas agrupaciones de hombres sumidos todavia en los limbos de la barbarie; y para que fuesen un elemento homogéneo con la parte civilizada de la sociedad, convencido de la bondad y eficacia del catolicismo, dispuso que se promoviera la conversion de esas tribus á esta religion. El Congreso Constituyente entendia que una filosofia arbitraria ó cualquiera secta no habria sido eficaz para ese objeto.

Esa disposicion constitucional importaba decir: esta sociedad es católica, esta sociedad debe en el porvenir, continuando fiel á sus gloriosas tradiciones, mantener la unidad que

da vida, que da energía, que da carácter de nacionalidad á los pueblos civilizados.

No solo en los textos legales,—en nuestra historia, en la vida de nuestros grandes hombres, en nuestros grandes hechos, se encuentra la aplicacion de estas ideas, se encuentra la influencia del espíritu religioso.

Sr. Presidente: cualesquiera que sean las divergencias de nuestros partidos, cualesquiera que sean las diversas apreciaciones sobre nuestra historia, especialmente en las épocas mas cercanas, nadie puede negar que cuando se reveló en su mayor esplendidez, en su mayor altura y en su mayor amplitud el carácter argentino, fué en los dias memorables en que se fundaba la patria.

Cuando nadie esquivó sacrificio alguno para fundar nuestra nacionalidad, para legarnos una patria abierta á un largo y brillante porvenir, ¿cuáles fueron las figuras mas notables de esos tiempos, que, sin énfasis y sin retórica banal, se pueden llamar gloriosos?

El general Belgrano y el general San Martín!

El uno, segun el juicio de propios y estraños, representa la pureza de la conciencia, la sanidad de los sentimientos. El otro fué un gran general, el génio militar de las dos Américas, pues sabido es que desde un polo á otro, no se levantó jamás en el nuevo mundo un capitan que le fuera comparable.

Estos dos grandes hombres, estos dos grandes patriotas, representantes de la sociedad argentina, rindieron en las ocasiones mas solemnes de su vida, testimonios fervorosos de respeto á esa religion de la cual los legisladores argentinos no pueden prescindir sin hacer injuria al sentimiento nacional y olvidar los antecedentes de nuestra historia.

—Movimiento en la barra.

Sr. Presidente—Prevengo á la barra que no tiene derecho para hacer manifestaciones en ningun sentido.

Sr. Argentó—Pero los Dipntados sí.

Sr. Presidente—Los Diputados sí; por eso me he dirigido á la barra.

Sr. Goyena—Bien, señor Presidente: Belgrano y San Martín, que fundaban escuelas, Belgrano y San Martín que ponian su sangre, su vida, al servicio de la patria, iban, despues de la victoria, á presentar su espada en homenaje ante los altares del catolicismo. Sabido es que así lo hizo el general Belgrano en la ciudad de Tucuman; y acaba de publicarse el documento en que consta igual manifestacion y en la misma forma, de parte del General San Martín, en la ciudad de Mendoza, el 12 de Agosto de 1818.

Esos hechos, en los que el pensamiento y el sentimiento de la nacion se muestran de

una manera tan espresiva, forman parte de los antecedentes de la familia argentina, son rasgos de su fisonomía moral; y nuestra legislación no puede, sensatamente, desvincularse de esos hechos, pretendiendo reemplazar la mas noble y antigua tradicion con las doctrinas perversoras del positivismo, que, aplicado á la política, se traduce lógicamente en la idolatría del Estado.

La Constitucion Argentina ha obedecido á sanos principios cuando ha establecido las disposiciones á que he hecho referencia; porque penetrando en el dominio de las consideraciones filosóficas, tratando la cuestion no ya en el terreno de los antecedentes históricos, sino en el terreno del derecho, de la doctrina, de la especulacion intelectual, no se concibe, señor Presidente, que haya un Estado sin Dios, que haya un Estado, que al legislar sobre la educacion que ha de modelar intelectual y moralmente á los futuros ciudadanos, á los que han de prolongar la patria en el porvenir, pueda desprenderse de las nociones religiosas, pueda prescindir de la religion.

¿Qué es el Estado, señor Presidente?

Dos acepciones principales se da á esta palabra: ó se toma simplemente el Estado como el conjunto de los poderes públicos, ó se le considera como una sociedad reunida bajo unas mismas leyes, bajo unas mismas autoridades.

En ninguno de estos dos conceptos puede decirse que el Estado deba ser neutro, deba ser prescindente en cuanto á la religion; y esta palabra *neutro*, esta palabra *prescindente* es un eufemismo, para evitar la palabra directa, genuina, la palabra precisa y terrible —ateo!

El Estado no puede racionalmente ser ateo.

Los poderes públicos son algo que no tiene significacion, algo ininteligible, algo ilegítimo, si no arrancan del fondo de la misma sociedad, la espresan y la rigen con arreglo á su naturaleza, para que se encamine á la consecucion de los destinos que corresponden á los grandes conjuntos de hombres, es decir, de seres inteligentes, de seres libres, de seres responsables, de seres morales. Y aun cuando las funciones del Estado solo se realicen en lo eterno, y aun cuando sean especialmente funciones de garantía á fin de que la actividad exterior de cada individuo no trabé ó perturbe el ejercicio de la actividad de los demás, y la sociedad, en vez de anarquizarse, se mantenga en orden y se desenvuelva armoniosamente, no logrará ejercer de una manera conveniente esas funciones, si echa en olvido ó desdeña la garantía de las garantías, el fundamento de la seguri-

dad individual y social, la suprema explicacion del derecho, es decir, la religion.

Aun cuando la ley hubiera establecido con una precision matemática, y las autoridades públicas vigiláran con ojo certero el conjunto de las condiciones esternas, para que los individuos actúen sin trabarse los unos á los otros —si no se hubiese moralizado al individuo, si al legislar se hubiese prescindido de propender á mantener viva en él aquella moralidad que hace á cada uno respetuoso del derecho de los otros, celoso del derecho propio y cumplidor del deber,—todo el organismo careceria de vida, seria un simulacro, seria un esqueleto, seria una forma esterna de sociedad; le faltaria el espíritu, el aliento, el soplo inspirador que viene de la religion porque viene de Dios.

Si consideramos el Estado como un conjunto de individuos que tiene una vida colectiva, una vida armónica, algo que le dé unidad y energía, yo pregunto: ¿cuando presenta el mundo agrupaciones de este género, sino movidas principalmente por esas creencias de que tan gloriosas manifestaciones tiene nuestra historia, y á que me referia hace un momento? Todos los que hablan de la patria, ¿no entienden que ella, además del territorio, además de la luz, además del aire, en cuyo medio hemos surgido, representa tambien el comun sentir, el comun pensar, la creencia, la esperanza de las generaciones que se suceden en el teatro de la historia? ¿Y cual de las ideas, cual de los sentimientos que agitan el corazon humano, puede ser mas alto y mas digno de consideracion que la idea y el sentimiento que nos vinculan con un destino inmortal, con la eternidad y con Dios?

El señor Diputado por Entre-Ríos dijo que no hay ateos. Lo que la historia no ha mostrado hasta ahora, son sociedades ateas.

En ningun tiempo, en ninguna parte, ha habido sociedad sin religion, sociedad sin Dios. El sentimiento religioso se ha vigorizado ó ha languidecido, la idea de Dios ha brillado con esplendidez ó se ha empañado; pero jamás se oscureció del todo en los pueblos; y cuando esa idea palidecia y cuando ese sentimiento se debilitaba, se hizo comun la bajeza de los caracteres, la adulacion, la sensualidad, la transigencia indecorosa con todas las inmundicias que pueden deshorrar la humanidad. Los hombres, como ha dicho un gran pensador, que se niegan á inclinarse su frente ante Dios, se prosternan ante los ídolos y los tiranos!

Si el Estado no puede prescindir de Dios, y si ha de proveer lo conducente á la educacion popular, porque si no atendiera á ella, se pondria en el camino de la decadencia, ¿en qué condiciones ha de legislar sobre las es-

cuelas? Tratando de hacer que los individuos que van renovándose en el gran organismo de la sociedad, sean elementos adecuados para formar el todo armónico, la entidad social, que tengan nociones morales, que tengan sentimientos nobles, y carácter firme, que sean fuerzas para el progreso y la civilización bien entendida del país.

Cuando se legisla sobre la escuela, se legisla sobre la renovación de la sociedad, sobre las fuerzas que van á actuar en ella, á influir en su existencia de una manera decisiva; es evidente, pues, que debe propender la legislación á que esas fuerzas no sean fuerzas ciegas, sino conscientes y dirigidas por el principio superior de la moralidad, y en consecuencia, ha de establecer la enseñanza de la religión en las escuelas públicas.

Se observa en contra de esto, que la educación religiosa debe darse en el hogar y en el templo; que el Estado no tiene para qué preocuparse de lo que es una incumbencia de la familia ó del sacerdocio.

La base de este argumento falla, como acaba de verse. Si se dijese que debe prescindir el Estado de la educación religiosa, porque nada le incumbe en materia de religión,—acabo de mostrar que eso no es cierto doctrinariamente y que no lo es históricamente.

Pero considerando mas de cerca la observación de que el Estado, si bien respeta la religión, prohíbe al maestro de la escuela pública dar enseñanza religiosa á los niños, y deja eso á la acción de la familia y de los sacerdotes,—hay que notar, desde luego, la malicia que han envuelto en esa doctrina publicistas mañosos. Bajo cierta apariencia engañosa de respeto á la religión y á la familia, esa doctrina llega á hacer nula, en muchísimos casos, la educación religiosa, que, según los principios de buena legislación y de mero buen sentido, debe ampliamente comunicarse á todos los niños.

En efecto, es deber de los padres enseñar la religión á sus hijos; el sacerdocio ha sido instituido para predicar á todos la verdad cristiana; pero consideremos, como hombres prácticos, las condiciones de esa enseñanza en nuestro país; consideremos la enorme cantidad de niños, hijos de padres ignorantes y pobres, de niños privados de recibir educación religiosa en el templo—por la escasez de nuestro clero,—por la imposibilidad en que estaria de adoctrinarlos, si no tuviesen previamente el conocimiento del Catecismo,—por la distribución territorial de la población, inadecuada para ello;—y veamos qué resultados produciría la omisión en la ley, de un artículo como el que la Comisión propone. Esa omisión dejaría desprovistos de enseñanza religiosa un gran número de

niños, á quienes especialmente interesa instruir y elevar al nivel de la civilización cristiana, niños que no tienen medios en la familia, para levantarse de esa situación en que seran votos inconscientes y ciudadanos peligrosos, como se decía en la sesión anterior.

Queremos entonces que el niño á quien el padre, á quien el sacerdote no puedan dar educación religiosa, halle en la escuela la luz que supla esa deficiencia del hogar, que supla la falta del cura, que, como he dicho, en nuestras condiciones especiales, es, por desgracia, muy frecuente.

La Iglesia quiere la enseñanza religiosa en la escuela, quiere que el Catecismo se enseñe en todas partes; y particularmente lo desea allí donde el clero es escaso, siendo su vivo empeño que alcance á todos la luz de la verdad revelada.

Si prevalecieran las ideas de los señores que se oponen al proyecto de la Comisión, tendríamos que, bajo una cubierta de respeto á la religión, se vendría al escepticismo práctico, á la privación de la enseñanza religiosa al mayor número, precisamente al que mas lo necesita. Esto es inaceptable. La escuela, pues, no puede ser neutra, no debe ser atea!

Señor: si se pudiera presentar ejemplos históricos que mostrasen no haber peligro para la sociedad, en la escuela sin religión, en la escuela atea, se explicaría al menos la supresión que se proyecta.

Pero los hechos están muy lejos de dar una comprobación favorable á esa pretensión.

Los hechos demuestran que allí donde ha sido planteada la escuela sin Dios, los resultados han sido deplorables.

Voy á referirme, señor Presidente, á datos muy ilustrativos, que provienen de los Estados Unidos, donde el ensayo de la enseñanza sin religión ha sido hecho por largos años y donde la doctrina que se ha preconizado en la sesión anterior, resulta completamente desautorizada en la práctica.

«La Revista de la América del Norte», en Diciembre de 1880, ha presentado el cuadro verdaderamente lamentable, que, después de cincuenta años de escuelas donde no se dá educación religiosa, ofrece la Unión Americana. Esa Revista afirma que se ha notado escandalosa venalidad en las Asambleas, falta de honorabilidad en el foro, desórdenes domésticos, lujo corruptor y sórdido interés.

La Cámara tiene así delante de los ojos, los frutos de la escuela sin Dios, de una escuela que no servirá jamás sino para hacer bajar el nivel de la civilización.

Yo digo entonces: si la doctrina, si la especificación de los extraños, si los antecedentes

de nuestra propia historia, nos muestran que la enseñanza religiosa es necesaria, el Congreso Argentino, llegado el momento de dar una ley sobre la instruccion primaria, cuya oportunidad nadie pone en duda, no podria prescindir de aquella enseñanza, y haria de tal ley, no solo algo incompleto, algo deficiente, sino algo perversor y fatal, si la dictase omitiendo en ella una disposicion relativa á la religion como materia obligatoria.

Y esa disposicion, tal cual está concebida en el proyecto de la Comision, no puede ser tachada en manera alguna, como una vulneracion del derecho de nadie, como una presion ejercida sobre la conciencia de cualquier persona, de cualquier familia.

El proyecto de la Comision establece que la educacion religiosa sea un ramo obligatorio para los niños de las familias que profesen el culto católico; y en términos bien explicitos agrega que los padres de otra comunión religiosa, pueden advertir que su voluntad es que sus hijos no reciban la instruccion dada á los católicos.

Es muy comun sofismar cuando se trata de disposiciones sobre esta materia, en el sentido de hacernos aparecer á los católicos como los representantes de la opresion de la conciencia, como los partidarios del desprecio del derecho ageno y de una violencia que nada quiere sino arrancar por la fuerza lo que debe obtenerse del convencimiento y la persuasion.

No es así, señor Presidente.

La doctrina del Apóstol, la doctrina católica, es que la fé es un obsequio racional.

Yo no vengo, yo no vendré jamás á decir: por medios subrepticios ó violentos, hágase aparecer católico á aquel que no lo es; tráigase al catolicismo al hijo del disidente, *velis nolis*, con una compulsion injusta, con una compulsion irritante.

No! No es esa la doctrina de la Iglesia; y el proyecto de la Comision, de acuerdo con la doctrina de esta, claramente indica que los padres no católicos sean atendidos, apenas manifiesten que no quieren que sus hijos reciban la enseñanza religiosa de las escuelas públicas.

No! La libertad de conciencia, en cuanto la conciencia sea de buena fé, para nadie es mas respetable que para la Iglesia Católica.

Precisamente el dia en que los Apóstoles, dijeron: «Es preciso obedecer antes á Dios que á los hombres», precisamente ese dia se fundó en el mundo la libertad de conciencia.

El protestante, el judío, el que profesa una religion cualquiera, diferente de la católica, siguiendo *bona fide* el error, está para mí, está para la Iglesia Católica en una situacion

desgraciada, pero no está en una situacion culpable.

El propósito de la Iglesia, el propósito de sus doctores, es mostrar la verdad á los hombres, para que vengan sinceramente á ella, para que la amen y guiados por su luz practiquen el bien.

No es, pues, en nombre de la intransigencia; no es, pues, en vulneracion del derecho de los demás; no es, pues por fanatismo, sin consideracion ni respeto á las creencias agenas, que yo vengo á sostener este proyecto.

Lo sostengo y lo sostendré, porque así definiendo lo que algunos han creido ver atacado por mí: los fueros de la conciencia. Sostengo la supremacia de los intereses morales sobre el materialismo, que, se ha dicho con verdad, es una gran indigencia y un gran infortunio

Sostengo aquellos principios en que se funda el derecho, que son la égida salvadora de todos; y respeto siempre la sinceridad de la conviccion donde quiera que se presente.

He dicho.

Sr. Lagos Garcia—No se me oculta que entro con desventaja en este debate.

El señor Diputado por Buenos Aires, es un artista de la palabra. Yo trabajo con escopo en el lenguaje.

La Cámara acaba de escuchar el elocuente, el deslumbrante, el fascinador discurso que ha pronunciado el señor Diputado, y yo rindo á mi distinguido colega el homenaje de mi mas sincera congratulacion, con toda la justicia que él merece, con todo el cariño que le profeso, y con toda la admiracion con que escucho siempre su interesante palabra.

Pero, en el curso de la esposicion que voy á hacer, me prometo demostrar á la Cámara, que todas las galas y adornos del estilo, en el discurso que acaba de pronunciar el señor Diputado, han de ser para la cuestion que se debate, un lujo estéril del espíritu.

—Muy bien!

Sr. Lagos Garcia—Señor Presidente: el terreno de la discusion se estrecha, el terreno de la discusion se limita, el terreno de la discusion del proyecto de educacion se reduce á un solo punto:—al punto referente á la manera como se ha de dar la instruccion religiosa en las escuelas.

Resulta del discurso que acabo de pronunciar el señor Diputado por Buenos Aires que nosotros, los Diputados que firmamos el proyecto presentado en sustitucion, tenemos razon en diferir en muchos puntos con el proyecto de la Comision de Culto. Esta declaracion tácita constituye un triunfo que tenemos derecho de hacer valer.

Yo, señor Presidente, podria decir: si la

cuestion referente á la manera como se ha de dar la instruccion religiosa, es la única cuestion fundamental que divide los dos proyectos, ¿porqué los Diputados que sostienen la enseñanza del dogma católico por el maestro en las escuelas, resisten la aprobacion del proyecto presentado en sustitucion del de la Comision?

¿Porqué no aguardan á que llegue el artículo que es el único objeto de esta disidencia, sin duda fundamental, pero que es objeto de las disposiciones de un solo artículo del proyecto? ¿Porqué los señores Diputados no esperan á que llegue la discusion de este punto, para traer al debate la cuestion religiosa?

Pero no comprendo que se obedece á una clase de lógica que, aunque no acepto, quiero sin embargo, respetar, y voy á entrar al debate en general, tratando la cuestion que se llama religiosa, y que constituye el punto principal de la disidencia.

Señor Presidente; voy á principiar por el principio y á tratar de contestar en orden, todas las objeciones que ha hecho el señor Diputado por Buenos Aires.

El se ha apoyado en la Constitucion.

Señor Presidente: la Constitucion es para mí, y creo que debe serlo para todos los hombres que desempeñan funciones públicas en nuestro país, el código de la moral y de la religion política. Jamás procederé, como Diputado del pueblo, en desacuerdo con los principios consignados en la Constitucion. Estoy dispuesto á hacer á la Constitucion el sacrificio hasta de mis mismas creencias, para cumplir mis deberes de ciudadano.

Pero, ¿que dice la Constitucion respecto de la cuestion que se debate?

La Constitucion dice, primero, que el Estado sostendrá el culto católico, apostólico, romano.

Sí, señor Presidente, el Congreso cumple esta disposicion constitucional votando fondos anualmente para el sostenimiento del culto. ¿Que quiere decir *sostener el culto católico, apostólico, romano*? ¿Es declarar que la religion católica es la religion del Estado, como lo ha sostenido el señor Diputado por Buenos Aires?

No lo creo; la religion es el vínculo que une al hombre con Dios; el culto es el homenaje que se rinde á Dios, en respeto y en honor suyo.

Sostener el culto, sostener el culto externo, puesto que del culto externo se trata, es únicamente costear los gastos que el culto exige.

El señor Diputado por Buenos Aires decía: somos un país esencialmente católico; el Estado es profundamente católico; lo ha sido desde que el país era colonia; lo siguió

siendo despues de la emancipacion; ahí estan nuestros antecedentes constitucionales: el Estatuto del año 15, la Constitucion del año 19, la Constitucion del año 26, establecian que la religion católica es la religion del Estado.

Y bien, señor Presidente: ¿que significa esto, de que en nuestras constituciones anteriores se haya establecido que la religion católica es la religion del Estado, y que nuestra Constitucion actual solo diga que el Estado costea el culto católico, apostólico, romano?

Esto significa, señor Presidente, que la Constitucion del año 53, inspirada en las ideas modernas, teniendo por objetivo la poblacion, el progreso, el adelanto del país en todo sentido, consideró conveniente, imprescindible, innovar en este punto, é innovó.

La disposicion del artículo 2º de la Constitucion que nos rige, debe su existencia á esta clase de consideraciones; la debe tambien á la circunstancia de que el Estado se habia apoderado de los bienes de la Iglesia por la ley de reforma del clero, y al decreto que se dió en su consecuencia, prometiendo costear el culto.

El Estado habia contraído la obligacion de sostener el culto católico, y se creyó obligado de continuar cumpliendo esa obligacion, y la consignó como precepto del código fundamental del país.

Estos son los motivos, estas las razones del artículo 2º de la Constitucion Nacional.

El señor Diputado por Buenos Aires, decía: pero es que hay otra disposicion de la Constitucion, el inciso 15 del artículo 67, que enumera entre las atribuciones del Congreso, la de proveer á la seguridad de la frontera, conservar el trato pacífico con los indios, y promover su conversion al catolicismo.

Hé aquí, decía, el señor Diputado, otro precepto que obliga al Estado á fundar escuelas en que se enseñe el dogma católico, apostólico, romano.

Declaro que jamás se me ocurrió que pudiese traerse el artículo que habla de la seguridad de la frontera, como un argumento aplicable á la ley de educacion que tratamos de dar; y por cierto que cuando el señor Diputado, con la habilidad que le caracteriza, desenvolvía este argumento, me parecia que el artículo citado gritaba al verse comprendido en el bagaje constitucional, con que el señor Diputado defendía el despacho de la Comision del Culto.

¿Pues que, señor Presidente, se trata aquí de fronteras que haya que resguardar, se trata aquí de individuos, hombres ó niños que vivan en el desierto, y contra cuyas invasiones, que amenazan la vida y las haciendas de

los habitantes de nuestros campos, tengamos que prevenirnos?

El artículo de la Constitución señala, como una de las atribuciones del Congreso, la de proveer á la seguridad de las fronteras, conservar el trato pacífico con los indios; y, como medio de conseguir estos resultados, promover su conversion al catolicismo.

La razon porque se puso, «conversion al catolicismo», es bien clara: el Estado, segun el artículo 2º de la Constitución, costea el culto católico, y por consiguiente podia—así se creyó por lo menos cuando la Constitución se daba—disponer con más facilidad de misioneros católicos, que de misioneros de otras sectas, para conseguir la conversion de los indios.

Pero viene en seguida el argumento capital: el Presidente de la República debe ser católico, apostólico, romano. En efecto, señor Presidente, la Constitución dice que el Presidente de la República debe ser católico, apostólico, romano. Pero la Constitución dice tambien que el Presidente de la República Argentina, debe sostener, obedecer y respetar los principios consignados en ella; el Presidente de la República no puede hacerse cargo del mando, no puede entrar á desempeñar las funciones de tal Presidente, sin prestar juramento ante el Congreso de la República, de cumplir y hacer cumplir los preceptos de la Constitución.

El Presidente de la República, entonces es un católico, apostólico, romano, *constitucional*, lo que lo obliga á ser *romano* en parte.

—Muy bien!

Lo voy á probar.

Yo abro la Constitución, y encuentro un artículo que dice: «Todos los habitantes del país, tienen el derecho de rendir públicamente á Dios culto, segun su conciencia.»

¿Qué libertad, de todas las enumeradas en la Constitución, hay mas conforme con la humanidad, con la dulzura de nuestras costumbres, que esta libertad? ¿Qué libertad es mas necesaria, mas imprescindible para el progreso del país y la paz de la República, que esta libertad?

¿No es verdad, señor Presidente, que si un día se desconociese la libertad de cultos y se procediese á una persecucion religiosa, todos los habitantes de la Nacion se levantarían con un grito unánime de reprobacion, contra un atentado de esta naturaleza?

Es indudable. Y, sin embargo, veamos cual es la doctrina de la Iglesia Romana, sobre este punto, consignada en la encíclica confirmada despues de 1832.

Escuche la Cámara; habla Gregorio XVI,

desde lo alto del Vaticano, como doctor y pastor de los fieles, y dice:

«Le esta fuente infecta del indiferentismo descuella esta máxima falsa y absurda, ó mejor dicho este delirio (*sen potius deliumentum*): que se debe asegurar y garantir á cada uno la libertad de conciencia.»

¡La libertad de conciencia, no ya la libertad de cultos!

Podemos seguir leyendo en la Constitución, y hemos de encontrar un artículo que dice todos los habitantes de la Nacion tienen el derecho de publicar libremente sus ideas por la prensa, y el Congreso no podrá dictar ley alguna que restrinja la libertad de imprenta. Esta libertad de imprenta es una de las mas esenciales, no ya de nuestro sistema político-constitucional, sino del sistema constitucional de todo país medianamente organizado. ¿Qué seria si los habitantes del país no tuviesen el ejercicio de este derecho? ¿Si para publicar sus ideas por la prensa, ya fuese en diarios, folletos ó libres, tuviesen que obtener previamente el *visto bueno* del Presidente ó del Arzobispo? Seria este un país que hubiera retrocedido á la barbarie, que se hubiera divorciado con las instituciones modernas; seria un país cuyos habitantes estarian sujetos á una tutela ignominiosa en lo referente á la libertad de pensar y que tendrian derecho de apelar á las armas para restablecer la Constitución, para revindicar sus derechos, para defender sus intereses y su honor.

Y ¿qué dice sobre esta libertad la doctrina de la Iglesia misma? Oigalo la Cámara; es siempre la encíclica de Gregorio XVI:

«A aquella se liga esta libertad muy funesta y detestable y que «no sea nunca mirada con suficiente horror (*nunquam satis excrucinda*) la libertad de la prensa, que algunos se atreven á solicitar y extender por todas partes».

Nuestra Constitución contiene tambien otros principios, otras garantias, que son necesarias para la organizacion de un país libre; que tienen por objeto garantir los derechos individuales y asegurar el derecho del pueblo á gobernarse: principios y garantias que yo no quiero desconocer que alguna vez se violen, pero que se respetan otras, y que son siempre una esperanza, un consuelo y un recurso contra la injusticia cuando se encuentran consignados como preceptos ineludibles en nuestra carta fundamental. Estos son todos los derechos y garantias que se conocen con el nombre de principios de la civilizacion moderna.

¿Cuál es la doctrina de la misma Iglesia respecto de estos derechos y de estos principios?

El Syllabus que, como se sabe, es el compendio de las proposiciones erroneas y con-

denadas por la Iglesia, trae como 8ª proposicion erronea y condenada la siguiente:

El Pontifice romano puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilizacion moderna

Volvamos entonces al argumento reservado del artículo que dice: *el Presidente de la República debe ser católico, apostólico, romano, y constitucional*, segun agregaba yo.

El Presidente de la República, debe ser católico, apostólico, romano, como lo era el rey Victor Manuel, y como debió serlo por el Estatuto del año 48, que establecia la religion católica, como la única del Estado.

Debe serlo como Victor Manuel, quien, no obstante ser católico, respetaba y hacia cumplir todas las disposiciones de aquel Estatuto, en que estaban consignados los principios modernos.

Debe serlo como era ese rey, que estando enfermo, en peligro de muerte de la enfermedad que mas tarde lo llevó al sepulcro, llamó á un sacerdote, para confesarse, y habiéndole exigido aquel que firmase una retractacion de todos los actos que pudieran considerarse como contrarios á los derechos de la iglesia, dijo al venerable sacerdote: Si como hombre he hecho males, me arrepiento y pido perdon á Dios; pero el acto que me exijís no entra en los actos que he podido ejecutar en tal caracter; esos actos los he ejecutado en cumplimiento de las leyes de mi país, como rey constitucional. Si insistís sobre este punto, id á la pieza inmediata, donde está el general Menabrea, que es el Presidente del Consejo de Ministros, con quien podreis hablar sobre el acto que tratais de hacerme firmar.

—Aplausos

El Presidente de la República debe ser católico, apostólico, romano, como lo era ese mismo rey, que recibia la bendicion que el Sumo Pontifice le mandaba á su lecho de muerte, en el palacio del Quirinal, de que habia desposeido á los papas, y en esa ciudad de Roma, que habia hecho ocupar mandando penetrar sus tropas por la puerta l'ia, en medio de las aclamaciones de ese pueblo, que abrazaba á sus hermanos al ver realizada la aspiracion nacional de tantos siglos!

—Los señores Diputados aplauden, y la barra prorrumpe en manifestaciones de aprobacion.

Sr. Lagos Garcia—Señor Presidente; si la Cámara no se opusiera, pediria un cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Perfectamente; pero antes de pasar á cuarto intermedio, prevengo á la barra, que el señor Secretario queda con la órden de mandar desalojarla á las prime-

ras manifestaciones que haga en cualquier sentido y cualquiera que fuese el orador que hable.

—Pasa la Cámara á cuarto intermedio.
—Vueltos á sus asientos los señores Diputados, dice él—

Sr. Presidente—Va á darse lectura de los artículos del Reglamento relativos al órden de la discusion.

—Se leen los artículos 169, 170 y 171

Sr. Presidente—Tenia la palabra el señor Diputado por Buenos Aires.

Sr. Lagos Garcia—Creo haber contestado á los argumentos que hizo el señor Diputado por Buenos Aires, deducidos de disposiciones espresas de nuestra Constitucion; creo haber demostrado tambien que existe un disentimiento profundo, un antagonismo declarado, entre los principios consignados en nuestra Constitucion y varios puntos de doctrina referentes á lo que puede llamarse la política temporal de la Iglesia romana; y que, por consiguiente, la disposicion de la Constitucion, que prescribe que el Presidente de la República debe pertenecer á la comunión católica, debe tomarse con las mismas reservas que la Constitucion establece.

Me parece inútil indicar á la Cámara que, despues de las razones que he dado sobre la inteligencia de los artículos constitucionales, no puede sostenerse de ninguna manera que el *Estado Argentino*, no la Nacion Argentina sea un Estado Católico. Menos puede sostenerse que el Estado, en general, deba tener determinada religion por la razon de que la falta de religion creara el Estado ateo.

La que no debe ser atea, es la sociedad. Pero la sociedad es un conjunto de derechos, de intereses y de creencias; el Estado es el representante de la sociedad para fines determinados; el Estado tiene su mision y su mision es diferente de la mision de la Iglesia.

El Estado tiene por mision hacer reinar la justicia, hacer respetar los derechos; procurar que los hombres vivan lo mas felices que les sea posible.

La Iglesia tiene otra mision; la mision de la Iglesia es la de preparar almas para el cielo.

El Estado, no tiene para qué tener religion.

La doctrina que ha desenvuelto con tanto brillo el señor Diputado por Buenos Aires, se referia á la sociedad. En esto estoy de acuerdo con él. Su doctrina es una doctrina muy antigua, es una doctrina que no pertenece siquiera al cristianismo, es la doctrina de Platon, que decia que seria mas fácil construir un edificio en el aire, que obtener una sociedad organizada sin religion.

Pero vamos directamente al punto que es el objeto directo de nuestra controversia.

Se me dirá quizá: todo esto podrá estar muy bien. Pero se trata de crear la escuela sin Dios; se trata, de crear la escuela atea; se trata, de esta manera, de ofrecer una prima al escepticismo, al indiferentismo religioso; se trata de quebrar el vínculo que sostiene á los hombres; se trata de facilitar el desborde de las malas pasiones y de los apetitos sensuales del género humano.

Confieso que esta frase: *la escuela atea, la escuela sin Dios*, ha tenido gran repercucion, que esta frase ha tenido gran favor, que ha obtenido gran fortuna. Pero, á mi juicio, y lo he de demostrar en seguida, ella es una frase inexacta, y completamente destituida de sentido. Comprendo el favor que ha obtenido y la fortuna que ha hecho, unicamente porque muchas gentes, que no se ocupan de estudiar con profundidad las cuestiones, sienten el influjo que ejerce la etiqueta de la frase, por la razon de que no van al fondo de las cosas.

Sin entrar á rebatir esta afirmacion de establecer la escuela atea, yo podia decir: no sé si la escuela que vamos á crear es atea; pero sí sé que la escuela que vamos á crear es la que está establecida en los Estados Unidos, la que está establecida en Bélgica, la que está establecida en Holanda, en Irlanda, en Australia, la que está establecida en Francia, y en muchos países en donde el sentimiento religioso es mas profundo y mas arraigado.

Por consiguiente, la escuela atea no debe ser tan mala, cuando tan buenos resultados produce en general, y cuando está admitida y sostenida donde el sentimiento religioso de las poblaciones es mas intenso.

El Estado tambien es ateo en muchos de los países mejores organizados; y sin embargo, esto no es un inconveniente para que sean ellos modelos de organizacion, de justicia y de piedad para sus demas hermanos de la tierra.

Pero no es cierto que la escuela que propone el proyecto que hemos presentado en substitution de la Comision, sea una escuela atea. No es atea la escuela en que se enseña la moral; la escuela en que se enseña la moral, que reposa sobre las ideas de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma, de la Providencia y de la justicia divina.

No es tampoco atea la escuela en que se declara que los sacerdotes de las distintas comuniones religiosas, podran ir allí á dar lecciones referentes á los dogmas de esas religiones, á los niños que á ellas pertenezcan.

La escuela que propone el contra-proyecto presentado, es cuando mas una escuela neutra, una escuela no sectaria.

No es, indudablemente, una escuela católica, en que se enseñe exclusivamente el dogma católico y se prohíba la enseñanza de cualquier otro. Pero no es atea una escuela, porque no pertenezca á una religion determinada ni á religiones determinadas.

Dios existe con independencia de las religiones, y son las religiones las que derivan su existencia de la idea de Dios.

Pero yo voy á demostrar algo que tal vez sorprenda á la Cámara, y que sin embargo es la verdad, fundándose en las proposiciones sentadas por los Diputados que defienden el proyecto de la Comision: la única escuela atea, la única escuela sin Dios que se establece, segun esas sus doctrinas, es la que propone el proyecto de la Comision!

El proyecto de la Comision propone que se dé la enseñanza por el institutor del dogma católico, á todos los niños cuyos padres pertenezcan á la comunión católica, quedando excluidos de la enseñanza de la religion todos aquellos cuyos padres pertenezcan ó las comuniones disidentes.

Y entonces yo digo que el proyecto de la Comision, que no permite siquiera entren allí, á enseñar religion, sacerdotes de los cultos disidentes, es el que crea la escuela atea para un número muy considerable de los niños de esta Capital y de los territorios nacionales!

Serian lógicos los Diputados que sostienen el proyecto de la Comision, si se alarmasen profundamente de los resultados que ese proyecto puede producir.

¡Pues, señor! si la escuela atea puede dar tan perniciosos resultados; si la escuela atea, suprimiendo la idea de Dios, puede traer el desbordamiento de los apetitos sensuales de los hombres, ¡qué vá á ser de nosotros, dentro de cierto número de años!

Estos niños, cuyos padres pertenecen á cultos disidentes, si no reciben enseñanza religiosa de ninguna clase,—la doctrina de la Comision,—cuando cesen de estar bajo la férula del maestro, van á caer bajo el machete del gendarme; y entonces ha de haber, si consideramos que los disidentes se cuentan por millares, en esta Capital; si consideramos que se cuentan por una inmensa mayoría sobre los católicos, en las colonias y en los territorios nacionales; si consideramos que esas colonias y esos territorios nacionales van á ser, dentro de veinte, treinta ó cuarenta años, estados nuevos, que tendran que incorporarse á los demas que componen la union argentina; si consideramos todo esto, señor Presidente, ha de haber, digo, motivo para alarmarnos, para alarmarnos con razon, al divisar en el futuro los males que preparamos para el país!

¡que será de nosotros, cuando tengan lugar estos debordes! ¡Nuestros patibulos

seran tal vez poco numerosos, nuestras cárceles seran poco espaciosas, para contener y dominar á esos criminales!

Debo decirlo con franqueza: la cuestion que se debate no es cuestion de escuela atea; no es tampoco cuestion religiosa, si quiera, considerada bajo el punto de vista del dogma referente á la fé religiosa; es simplemente una cuestion de dominacion.

Los mismos católicos, señor Presidente, han sostenido, cuando ha convenido así á sus intereses, que en las escuelas no debe enseñarse religion; que la escuela tiene que ser atea, segun la califican ahora los sostenedores del proyecto de la Comision.

En Holanda, la enseñanza ha sido siempre láica, á lo menos desde 1806; en el año 1857 se secularizó completamente, prohibiéndose que se diese instruccion religiosa á los niños.

La ley se discutió estensamente, como se discuten estas leyes.

La Holanda, como se sabe, es un país en que la mayoría de la poblacion pertenece á los cultos protestantes; pero en que hay tambien un número considerable de católicos, que tienen, como es natural, sus representantes en el parlamento.

Y bien, en la discusion que con motivo de esa ley tuvo lugar en las Cámaras de aquel país, fueron precisamente los católicos, unidos á un grupo respetable y liberal del partido protestante, los que sostuvieron que la escuela debe ser completamente láica!

Tengo aquí, y de ellas voy á dar lectura á la Cámara, las palabras que pronunció en esa discusion el Arcipreste de la Frisia, que creo era una de las principales dignidades de la Iglesia católica en aquel país.

El Arcipreste decia:

Para ver reinar la concordia, la amistad y la caridad entre las diversas religiones, es necesario, en mi opinion, que los maestros se abstengan de la enseñanza de los dogmas de las diversas comuniones.

Y era precisamente el señor Van Prinsterer, uno de los jefes mas caracterizados de la minoria fanática ultra-protestante, el que le contestaba con argumentos parecidos á los que se hacen para sostener el proyecto de la Comision.

Decia el señor Van Prinsterer: Todo interés debe subordinarse al de la fé. El principio de la escuela neutra produciria necesariamente la exclusion del cristianismo dogmático é histórico. Excluir el cristianismo, es escluir de la escuela toda religion; es decretar la escuela atea.

Esta frase: la escuela atea, es frase protestante!

En Irlanda, el clero católico sostuvo por mucho tiempo que la enseñanza en la escuela debia ser láica; y no solamente esta fué la

opinion del clero irlandés, sino que ella fué aprobada tambien por el Sumo Pontífice Gregorio XVI, que en carta dirigida á los obispos de Irlanda, el año 41 y que se encuentra citada en la obra de Laveleye titulada: «La instruccion del pueblo», decia que no debia ser condenada la escuela láica y que se debia exigir que no se enseñase religion en ella.

En Bélgica se fué todavia más lejos. La ley de 1842 establecia que la enseñanza religiosa debia darse bajo la direccion de los sacerdotes, ó, mas bien dicho, de los jefes del culto, y que estos debian tener el derecho de inspeccionar sobre la manera como se daba la enseñanza religiosa.

Esta ley fué aceptada por el partido católico allí; porque siendo la mayoría de la poblacion católica, los prelados católicos adquirian un derecho que ellos estiman mucho, y con el cual se manifiestan muy contentos.

Pero despues se suscitaron no sé qué dificultades: los maestros laicos tuvieron en algunas partes, algunos puntos de disidencia, sobre la enseñanza con los jefes del culto; y el resultado fué que el obispo de Gand, en una carta dirigida al Colegio de Regidores de la ciudad de Alost, en 30 de Octubre de 1855 sostenia el principio, que es precisamente el que sostenemos en parte (porque no podemos ir á todas las consecuencias), los Diputados que hemos firmado el proyecto, en reemplazo del de la Comision:

Ignorais, sin duda, señores, que la enseñanza religiosa pertenece esclusivamente á la Iglesia, aun la del catecismo, y que nadie, ni aun un sacerdote, puede darla sin una delegacion de la autoridad eclesiástica. No solo el clero, sino todos los católicos instruidos convienen en este principio. Es así que en la sesion del 16 de Julio de 1851 de la Cámara de Representantes, Mr. Vilain, actualmente Ministro de Negocios Estranjeros, ha demostrado que es un error completo sostener que los padres tengan el derecho de enseñar el catecismo á sus hijos y que puedan delegar este derecho á los profesores de los colegios.....

Se me ha perdido parte de esta cita, y lo siento porque el obispo de Gand se apoyaba tambien en la opinion de Mr. Decker, uno de los hombres de mas nota de Bélgica, que ha desempeñado un Ministerio, y es uno de los personajes más importantes del partido católico de aquel país.

Bien, señor Presidente, vamos á la politica actual de la Iglesia, en materia de enseñanza.

La Iglesia ha sostenido la enseñanza láica en Holanda, la ha sostenido en Irlanda, y no se ha opuesto á ella en Estados Unidos ni en ninguno de aquellos países en donde ha creído que la enseñanza de un dogma determinado en la escuela, lejos de serle favorable, podia serle perjudicial.

Su política actual en materia de enseñanza, es la que se encuentra consignada en el Syllabus del año 1864.

Coloca el Syllabus, como cuadragésima quinta proposicion errónea y condenada por la Iglesia Católica, la siguiente:

La dirección completa de las escuelas, en la cual se educa la juventud de un estado cristiano, puede y debe ser atribuida á la autoridad civil, de manera que no se reconozca á ninguna otra autoridad (la de la Iglesia) el derecho de inmiscuirse en la disciplina de las escuelas, en el régimen de los estudios, en la colacion de grados y en la eleccion ó aprobacion de los maestros.

Esta es la proposicion condenada.

De la condenacion resulta que la Iglesia debe tener el derecho de inmiscuirse en el régimen de los estudios, en la disciplina de las escuelas; en la colacion de grados y en la aprobacion y desaprobacion de los maestros.

Tal vez se me podrá objetar que estos son puntos de dogma, que estos son puntos teóricos. Pero estos son puntos dogmáticos, estas son doctrinas, estas son teorías cuando no hay los medios de llevarlas á la práctica y se convierten en hechos cuando se encuentran facilidad para ponerlas en obra.

Y la Iglesia ha conseguido implantarlas por medio de algunos concordatos que ha celebrado. Tengo en mi poder apuntes de algunos de ellos.

Uno es el celebrado por el Sumo Pontífice Pio IX con la República del Ecuador en el año 73; otros son los celebrados con las de Nicaragua y San Salvador en el año 64.

Estos concordatos son iguales, y por consiguiente, leyendo uno, se conocen los otros.

Dicen así:

Art. 1º No se admitirá jamas el ejercicio de ningun culto, ni la existencia de ninguna asociacion, que hubiesen sido condenados por la Iglesia.

Esto en lo relativo á la libertad de cultos y de asociacion.

Art. 2º Los obispos y los ordinarios ejerceran, con plena libertad, el derecho que les pertenece de prescribir los libros contrarios á las costumbres ó á la religion. El Gobierno tomará las medidas necesarias para impedir la circulacion de tales libros.

Como se vé, la libertad de la prensa no es mejor tratada. Por lo que respecta á la educacion y á la libertad de enseñanza, esta sencillísima cláusula:

Art. 3º—Ningun maestro ó profesor podrá enseñar sin la aprobacion del obispo diocesano.

No veo que el señor Ministro del Culto tome nota de estos concordatos, y puede ser que le sean alguna vez útiles como documentos que hacen conocer el derecho público eclesiástico convencional hispano-americano, oportunidad que puede llegar cuando se trate de celebrar aquel á cuya negociacion se dice que ha servido de abertura una carta dirigida por el señor Presidente de la República al Sumo Pontífice, cuando desempeñaba el Ministerio del Culto, el antecesor de Su Señoría.

Sr. Ministro de J. C. é I. P.— Debe tener confianza el señor Diputado en mi memoria y en que lo escucho con mucha atencion.

Sr. Lagos Garcia— Otro concordato celebrado con el Imperio Austriaco, en el año 55.

Pasaré por alto los artículos de él, referentes á otros puntos que, con los perfiles mas adelgazados, son los mismos de los concordatos celebrados con el Ecuador y Repúblicas de Centro América; y solo leeré únicamente lo referente á la enseñanza.

Dice el artículo 5º del concordato celebrado con el Austria:—

« La instruccion de toda la juventud católica en todas las escuelas, tanto públicas como privadas, será conforme á la doctrina de la religión católica. Los obispos, de acuerdo con los deberes de su cargo pastoral, dirigirán la instruccion religiosa de la juventud en todos los establecimientos de instruccion pública ó privada. »

Segun el artículo 8º, agrega:

Todos los maestros de escuelas elementales destinadas á católicos, estará sometidos á la inspeccion eclesiástica. Quien quiera que se desvía del recto camino, será separado,

Este es el concordato celebrado por el Austria, concordato que tuvo que romper por su propia autoridad el Gobierno Austriaco en el año 67, cuando empezaron á dominar allí otras ideas, y cuya ruptura fué objeto de protestas muy vivas por parte del Sumo Pontífice, y de exhortaciones que dirigió á los fieles católicos, para que desobedecieran las leyes del país.

Resulta, señor Presidente, que esta doctrina del Syllabus sobre enseñanza, que yo ataco, solo ha conseguido implantarse por medio de concordatos en las Repúblicas del Ecuador, de San Salvador, de Nicaragua y durante un corto número de años, en el Imperio Austriaco.

Esta doctrina debia ser muy contraria al progreso y á la difusion de la educacion, por que es una circunstancia digna de tenerse en consideracion el estado político en que se han encontrado y en que se encuentran los países que la han aceptado.

Todos conocemos la situacion política de las tres Repúblicas mencionadas; todos sabemos que el Ecuador, Nicaragua, y San Salvador, son países que se encuentran en un lamentable estado político; son países en que impera el arbitrario mas completo; son países, en fin, en que las garantías que pueden tener consignadas en sus leyes constitucionales, son *nominis umbra*, la vana sombra de un nombre.

Todos sabemos que cuando el Austria aceptó el concordato del año 55, habia entrado en el régimen del absolutismo mas completo,

y que se califica en la historia con el nombre de *régimen de fierro*.

El Imperio Austriaco, en el año 52, había abolido la Constitucion existente; el Emperador habia dictado unas ordenanzas que declaraban derogadas las leyes constitucionales. No habia allí parlamentos, no habia manera alguna de manifestacion de la voluntad del pueblo, en la direccion de los negocios generales del Imperio.

Y fué recién cuando el Imperio Austriaco reaccionó contra sus ideas absolutistas, por las desgracias que tuvo que sufrir; fué precisamente cuando por las batallas de Magenta y Solferino, tuvo que perder la Lombardia; fué precisamente cuando, despues de la batalla de Sadowa, tuvo que perder la Venecia, sus derechos sobre los ducados, y ser escluido de la Alemania, fué entonces recién que aquel país sintió la necesidad de romper las ligaduras que imposibilitaban su progreso y lo ataban á una política comparable solo á la de la edad media.

Fué entonces que el Emperador de Austria declaró roto este concordato y mandó cumplir la ley de escuelas que el Parlamento elegido con arreglo á la nueva Constitucion sancionó, y por la cual la educacion religiosa se dá por los sacerdotes, fuera de las horas de clase.

Es conveniente, señor Presidente, que la Cámara se fije y tome nota de estas concomitancias, porque esto viene á demostrar la alianza que las doctrinas del Syllabus hace con los cacicazgos y los despotismos.

Pero se dirá: el artículo de la Comision no establece la doctrina del Syllabus en materia de enseñanza; el artículo solo establece, solo prescribe que debe enseñarse por el maestro, el dogma católico, en las escuelas, á los niños cuyos padres profesen esta religion, y respeta las creencias religiosas de los padres pertenecientes á otras comuniones, separando á sus hijos de la enseñanza religiosa.

Este es un argumento que podría tener alguna fuerza, y por lo tanto voy á ocuparme de destruirlo.

Es un argumento que se hace para solicitar la condescendencia del Congreso, en favor de la enseñanza dogmática de la religion de la mayoría de los habitantes del país. Este puede ser el argumento caballo de batalla de esta discusion.

Pero, yo voy á demostrar que si este es el argumento caballo de batalla en la discusion, dentro de este argumento, dentro de este *caballo*, se encuentran todas las armas y todos los elementos con que se espera obtener el triunfo de la doctrina del Syllabus, en materia de educacion.

Voy á tratar de ponerlo de manifiesto ante la Cámara.

El artículo dispone que se enseñe la religion católica. El artículo entonces viene, en primer lugar, á dar á la religion católica, el caracter de religion del Estado.

El artículo dá autoridad legal y oficial al culto católico, puesto que dispone que sea enseñado por orden y cuenta del Estado en las escuelas públicas que él sostiene y costea.

Ya hay, pues, una declaracion esplicita sobre este punto, contraria á las disposiciones de la Constitucion, como he tenido el honor de demostrarlo.

Pero de este artículo se desprenden otras consecuencias mas.

Se convierte al maestro en una especie de sacerdote láico, obligado á enseñar un dogma determinado, que, segun las mismas doctrinas de la Iglesia, no tiene autoridad para enseñar. De que el maestro esté obligado á enseñar el dogma católico en las escuelas, resulta esta consecuencia que el artículo no menciona, pero que no puede negarse: no puede ser institutor en este país ninguna persona que no pertenezca á la comunión católica, apostólica, romana.

He aquí otra violacion de la Constitucion; he aquí otra doctrina que viene á retardar el progreso de la educacion; he aquí otra doctrina que impide que personas pertenecientes á los cultos disidentes, que personas como las que han venido á establecer nuestras escuelas normales, y como las que han venido á formar parte de nuestras academias de ciencias, puedan enseñar á la juventud argentina.

Esta es una ley de atraso, esta es una ley de retroceso, que nos va á hacer desandar mucho camino.

Pero las consecuencias pueden llevarse mas adelante.

El maestro no solo tendrá que ser católico, sino que tendrá que estar sometido á la inspeccion y direccion del sacerdote y del gefe del clero católico, por que solo el clero católico, solo los gefes del culto católico, tienen autoridad suficiente para definir y explicar el dogma católico.

Vamos á tener las cuestiones de todos los dias, que es necesario que esta ley decida de una vez para el progreso de este país, para la difusion de la educacion, para la tranquilidad misma de las familia. Van á venir las notas del Arzobispo al Ministro; el Arzobispo va á perder la *paciencia*, el Ministro va á perder los estribos, y vamos á estar siempre con esta eterna cuestion religiosa, que nos tiene desgraciadamente en conmocion.

Otra consecuencia del artículo. Como el maestro tiene que enseñar el dogma católico, es necesario que el maestro sea educado y

preparado especialmente para desempeñar esta funcion primordial de enseñarlo. Resultando que la opinion del gefe del culto tiene que ser consultada en el plan de estudios de las escuelas normales, en los ramos que han de formar el conjunto de conocimientos que debe adquirir el profesor normal.

He aquí, pues, una nueva intromision de la Iglesia católica en el régimen de la enseñanza, que vá á producir muchos trastornos y muchos inconvenientes. La intervencion de la Iglesia no solo se va á llevar sobre el personal docente de las escuelas, sino tambien sobre el plan de estudios.

En la escuela debe enseñarse por el maestro el dogma católico; pero la enseñanza del dogma católico comprende, no solo la enseñanza del Catecismo: la Iglesia vá á tener derecho para exigir que los libros de lectura, que los textos de enseñanza, esten conformes á los dogmas proclamados por el Catecismo; vá á tener derecho á exigir que toda la enseñanza esté impregnada de este espíritu dogmático católico, con arreglo al cual debe enseñarse en las escuelas; entonces vamos á tener los reclamos, sobre si el libro de historia debe ser el que señala tal ó cual antigüedad al mundo, sobre si el texto para la clase tal, debe ser este ó aquel.

¡La eterna cuestion que nos fastidia, nos trava y detiene el progreso de la educacion!

Señor Presidente: siento la necesidad de terminar; estoy fatigado y la Cámara lo estará talvez mas; pero antes de dejar la palabra voy á contestar un argumento que hizo el señor Diputado por Buenos Aires, y del cual no me he hecho todavia completo cargo.

El señor Diputado, nos decia: este es un país esencialmente católico, en su tradicion, en su historia, en sus sentimientos. ¿Olvidais que los hombres de nuestra emancipacion fueron católicos?

¿Olvidais que esta es la tradicion que han seguido todos los hombres públicos de este país? ¿Porque negais este favor á la religion católica, en la ley que tratais de dictar?

Señor Presidente: los hombres de nuestra emancipacion fueron católicos, pero fueron católicos revolucionarios. Los hombres de nuestra emancipacion fueron hijos de la revolucion, revolucion que, aunque hija del Cristianismo, lo reconozco, porque el Cristianismo fué grito de libertad, fué combatida por la Iglesia Romana, y triunfó apesar de ella!

Los hombres de nuestra revolucion, señor Presidente, aceptaron en toda su estension las doctrinas regalistas del tiempo de Carlos III, de Carlos III, que sancionó, tal vez con precipitacion despótica, pero imbuido en el espíritu moderno, una porcion de reformas contra las cuales se opuso la Iglesia Católica.

Los hombres de nuestra revolucion estaban impregnados de estas ideas, que no son por cierto las de la ortodoxia romana.

Declaro, señor, que distinguidos clérigos y frailes, hombres de corazon noble y generoso, de alta inteligencia, de espíritu cultivado y liberal, acompañaron á los hombres de nuestra Independencia á alcanzar las conquistas que todos anhelaban; pero estos clérigos y estos frailes participaron de las ideas regalistas de sus compañeros, y en los parlamentos y en los consejos de nuestros gobernantes concurrieron eficazmente á poner en vigencia doctrinas, que tienen la condenacion actual de la Iglesia Católica Romana.

Señor Presidente: creo que no hay motivo para las alarmas con que trataba de atemorizar á la Cámara, el señor Diputado por Buenos Aires, para el caso en que se llegará á sancionar el artículo que hemos propuesto en sustitucion del de la Comision.

He demostrado que no va á haber tal escuela atea, que el artículo tal cual lo proyectamos, es necesario, es imprescindible para el progreso y desenvolvimiento de la educacion

Persuadamonos de esto, y no nos hagamos ilusiones: una vez que demos entrada á la doctrina del Syllabus, en la ley de educacion, vamos á echar por tierra todos los adelantos que en esta materia hemos adquirido.

Yo considero, señor Presidente, que es necesario que esta ley se vote tal cual la hemos propuesto.

Siento que se hayan manifestado en esta Cámara, que se hayan manifestado en esta sociedad, tendencias que podrían producirnos una lucha en el terreno religioso; que podrían traernos desgraciadamente una cuestion religiosa, sin motivo y sin razon. Pero yo creo que, si estas tendencias se manifiestan, que si estos hechos que las descubren se producen, es necesario que las ideas de la ortodoxia católica, en la política temporal del mundo, sean vencidas en este y en cualquier otro caso;—sean vencidas, no solo para bien del país, sino para bien del Catolicismo mismo.

He dicho, señor Presidente, que el cristianismo fué grito de libertad: fué tambien fórmula de liberacion y esfuerzo supremo del espíritu humano para desprenderse del reinado de la fuerza.

La mision de Iglesia cristiana, de la Iglesia católica, en la actualidad, es volver á tomar las tradiciones interrumpidas de sus tiempos gloriosos

Ella, abandonando sus veleidades de dominacion temporal, debe con la cruz sobre el pecho, y con la palabra de amor, de caridad y de libertad en los lábios, como en los tiempos apostólicos, seguir su mision de justicia

y de reparacion, hasta la consumacion de los siglos.

He dicho.

—¡Muy bien, muy bien!

Señor Achával Rodríguez—Pido la palabra.

Señor Presidente: Me es penoso, como se comprende, tomar parte en este importantísimo debate despues de haber sido precedido por los señores Diputados que en pró y en contra de este proyecto han espuesto ya sus ideas; y me es penoso, digo, porque será difícil—cualquiera que sea el orden de mis ideas—que pueda contrarrestar la influencia que el talento, la erudicion y la belleza de las formas oratorias han producido, inevitablemente, en los miembros de la Cámara.

Pero puede decirse que la importancia misma del debate me obliga á esponer mis ideas, aunque sea arrastrando una palabra pesada, que podrá ser molesta á los que me escuchen; porque no podré presentar mis opiniones con la brillantez de formas con que hasta ahora se ha hablado.

Yo debo declararlo—y creo que lo que me sucede ha de suceder á la mayor parte de mis distinguidos cólegas—me encuentro subyugado, no solo por los discursos que en esta sesion hemos oído, sino por el recuerdo de la palabra elocuente que comenzó el debate en contra el proyecto de la Comision. No puedo olvidar ni escapar á la seduccion que esa esposicion clara, metódica, rodeada de bellezas exteriores, tenía que producirme.

Sin embargo, acostumbrado á no dejarme arrebatar por el entusiasmo que la forma produce, tenía que ver y veía, á través de ese brillante ropaje, errores capitales, contradicciones á veces, que me obligan á manifestar mis opiniones, en oposicion á ellos.

Conviene, señor Presidente, plantear la cuestion en todos sus detalles.

Discutimos en general un proyecto de ley de educacion. Se ha presentado un proyecto, despacho por la Comision de Instruccion Pública, que ha sido materia de un largo y bien meditado estudio, por miembros entre los cuales figuran personas que han ocupado una posicion importante en la direccion de la instruccion pública.

El Reglamento dispone que, cuando la Cámara estudia un proyecto de ley despachado por una Comision, cada uno de los miembros de la Cámara tiene el derecho de presentar otro proyecto sobre el mismo asunto,—proyectos que deben ser tomados en consideracion si el primitivo fuese rechazado.

En esta ocasion, ha sucedido que adversa-

rios y sostenedores del proyecto de la Comision, están de acuerdo en un punto fundamental: la necesidad de dictar una ley de educacion. Pero se hacen observaciones á ese proyecto, y se presenta en sustitucion otro que, á juicio de algunos Diputados, tiene ventaja sobre aquel.

¿Qué corresponde á la Cámara hacer en este caso?

Para que la mayoría de la Cámara se decidiese á votar en contra del proyecto despachado por la Comision, sería necesario que militasen razones de un órden general tambien, es decir, que ese proyecto fuese tachado de defectos que se refiriesen al conjunto de la ley. No bastaría, para motivar su rechazo, la simple circunstancia de que otro proyecto pudiese tener ventajas de detalle; porque, como se comprende, la discusion y la votacion en particular darian perfectamente lugar á las modificaciones de detalle que quisieran hacerse.

Para saber, pues, que conviene hacer, que voto debe prestarse al proyecto en discusion, conviene examinar cuales son las observaciones que contra él se han aducido y cual es la naturaleza de estas.

En cuanto mi memoria me sea fiel, voy á procurar recoger las observaciones fundamentales, para ver si, respectivamente, ellas demuestran que haya defectos que hagan inadmisibile el proyecto en general, ó si solo se trata de defectos de detalle, que pueden ser corregidos en la discusion en particular.

La primera observacion que contra el proyecto se ha hecho, es la de que esta ley de educacion abarcaria todo el territorio de la República; que es, por consiguiente, contraria á la Constitucion, puesto que el Congreso no tiene facultad para legislar, en materia de instruccion primaria, para toda la República.

Sería discutible, una vez leído todo el texto del proyecto, si, efectivamente, las cláusulas que se refieren á toda la República, hacen de la ley un precepto ó si solo son disposiciones que se dictan para que las Provincias puedan acogerse á las subvenciones que establece el Congreso Nacional.

Sería tambien un punto discutible, creo, dando al artículo primero de la ley el alcance literal que tiene, la facultad del Congreso para sancionarlo; pero sea de esto lo que fuere, por razones de órden político, yo estaré en todo caso en contra de esa parte de la ley.

Pero me parece que estas observaciones no afectan en nada al proyecto de ley en general: bastaría modificar una palabra del artículo primero, sustituir en él la palabra *República* por la palabra *Capital*, para que desapareciese de la ley esto que se considera un defecto, para los que estamos en ese órden de ideas.

Creo, pues, que este punto corresponde á la discusion en particular, y que en manera alguna puede obstar á la aprobacion de la ley en general.

Otra observacion de carácter mas fundamental se ha hecho. El señor Diputado por Entre-Rios, con mano maestra, trazaba por decirlo así, el cuadro de la discusion á que la direccion de la enseñanza habia dado lugar, entre los diferentes poderes sociales, y, despues de haber trazado ese cuadro, concluía sentando como una conclusion científica, y como la última palabra de la ciencia política, esta proposicion: corresponde la enseñanza primaria á todos los poderes sociales, pero quedando bajo la direccion esclusiva del Estado.

Necesario es aperebirse de la importancia de las diferentes partes que esta conclusion científica tiene, para saber si ella lo es en realidad. «Corresponde la instruccion primaria á todos los poderes sociales: al hogar, al pueblo, al elemento religioso, á los poderes políticos, pero la direccion corresponde á estos últimos esclusivamente.»

¿Que se entiende, cuando se establece esta segunda parte: la direccion de la instruccion primaria corresponde al Estado?

El señor Diputado por Entre-Rios lo enunciaba claramente, cuando, como una consecuencia de esta conclusion científica, sostenia que era un defecto, en la ley que se discute, la no intervencion del Estado en las escuelas particulares; la libertad de estas.

Espresaba claramente qué alcance daba á esta parte de su tesis: «la direccion de la enseñanza corresponde al Estado, cuando sostenia que al Estado correspondia impedir que en las escuelas particulares se diese una instruccion que pudiera ser contraria ó no conforme á las instituciones políticas que nos rigen. Espresaba claramente cual era su alcance, cuando, avanzando mas, sostenia que era otro defecto de la ley la instruccion religiosa en las escuelas primarias, porque él consideraba la enseñanzen de toda religion positiva como de una alianza imposible con las instituciones democráticas: aunque por una inconsecuencia difícil de explicar, concluía pidiendo la enseñanza de la religion por el maestro especial, por el sacerdote, en la escuela oficial; concluía pidiendo la enseñanza de la religion; concluía pidiendo precisamente que se hiciera en la escuela primaria aquello que él consideraba contrario á las instituciones democráticas, y á lo que, por consiguiente, el Estado debía oponerse!

Pero dejando á un lado estas contradicciones que no es posible evitar cuando, partiendo de errores fundamentales, se quiere esquivar consecuencias erróneas, pues en tales casos

es indispensable romper tambien la lógica, véamos que significa, realmente, esta conclusion, que el señor Diputado presentaba como científica; «corresponde á todos los poderes sociales la enseñanza primaria.»

¿La ciencia ha establecido acaso como una conclusion, no mas que el hecho simple de que en el hogar se enseña á los niños, que se les enseña en la escuela particular ó popular, que se les enseña tambien en la escuela oficial del Estado? Poca cosa habria alcanzado la ciencia.

Nó; el hecho de que todos los elementos sociales contribuyen á la enseñanza y formacion del individuo, no puede ser absolutamente conclusion científica! Es simplemente un hecho invariable en toda la historia de la humanidad.

Lo que esta proposicion en su primera parte realmente significa, es que los elementos del hogar, que los elementos del pueblo, la escuela particular, que los elementos religiosos, como poder social indispensable en un Estado, y que el Estado mismo, tienen cada uno de ellos el derecho y el deber de tomar al individuo, apenas sale del seno de la madre, para hacerlo hombre, es decir, para hacerle religioso, moral, cívico; para desenvolver en él, en una palabra, todas sus facultades naturales, y ponerlo así en condiciones de cumplir su mision.

Pero se dice: La direccion esclusiva de la enseñanza corresponde al Estado y le corresponde por lo mismo introducirse al hogar y á la escuela particular para prohibir la enseñanza que pudiera considerar contraria á las instituciones políticas, por ejemplo — y de aqui, á fijar las asignaturas, á imponer testos, no hay mas que un paso.

Esta es, señor Presidente, la doctrina de Bismarck; es lo que en materia de enseñanza pudieramos llamar—*sistema bismarckino*.

Es una planta traída del Imperio Aleman, que, cultivada al lado de nuestras instituciones democráticas, no podria subsistir mucho tiempo, ó que, si arraigase en nuestro suelo, acabaria por viciar esas mismas instituciones, porque del absolutismo oficial en materia de enseñanza, al absolutismo político en todas sus manifestaciones, hay muy poca distancia.

Se pretende, señor Presidente, que es el Estado quien debe dirigir única y exclusivamente la enseñanza, quien debe preparar la inteligencia del individuo, y que sin esa intromision del Estado no puede existir la escuela particular. Y á este respecto, se considera que hay un defecto en el proyecto de la Comision.

Pero esto no es otra cosa que restablecer la censura previa de los poderes públicos, que proscripita ya para la prensa, para los libros,

reaparecería de una manera desgraciada para la enseñanza en la escuela particular!

Pero no solo sería la censura previa, sino que sería también la esclavitud de la escuela sometida al dominio del Estado, y sancionada precisamente á nombre de la libertad.

Sería la esclavitud del pensamiento en los primeros albores de la vida, sometiénolo al oficialismo, y proclamando tal doctrina á la sombra del pendon que lleva por mote la palabra liberal.

Pero ¿es este nuestro sistema, señor Presidente? ¿Son estas las doctrinas de nuestra Constitución, nuestras doctrinas políticas?

Nó, señor.

Una de las mas preciosas garantías establecidas en nuestra Constitución, una de las declaraciones que constituyen para nosotros la esperanza de los mas positivos progresos, es precisamente ese derecho sagrado, consignado en nuestra carta fundamental en favor de todo habitante del país, la libertad, el derecho de *enseñar y aprender libremente!*

La escuela particular, es, pues, sagrada para el Estado. El Estado no tiene el derecho de ir á ella á cerrar sus puertas so pretexto de que allí se enseñe la bondad del sistema unitario, cuando en la Constitución se establece el sistema federal. — No tiene el Estado el derecho de entrometerse en la escuela privada para proscribir su programa de enseñanza, so pretexto de que en esa escuela se suministra á los alumnos lo que el Gobierno quiera llamar *veneno* contra las instituciones democráticas.

Nuestro sistema constitucional en esta materia, reposa sobre una gran verdad, sobre una verdad filosófica elevada, comprobada en sus benéficos resultados por la experiencia misma.

De la enseñanza suministrada únicamente por el elemento oficial puede surgir sin duda la verdad; pero ella no será nunca la verdad depurada y garantida por sí misma contra el error; será una verdad sin autoridad y sobre todo, espuesta á la sofisticación, espuesta á convertirse en error por los mismos errores é inteseases oficiales.

La abolición de la libertad de la escuela particular ha sido precisamente en el mundo, el medio mas poderoso de absorción y despotismo; y contra esa doctrina es que se ha levantado el principio y garantía constitucional establecidos de una manera indestructible, para siempre, en nuestro país.

La verdad, señor Presidente, surge pura, agena á la posibilidad de la sofisticación, de la lucha del error y de la verdad misma, de la lucha en el campo de la libertad de todas las doctrinas, de todos los errores que la por-

resultado el que la verdad salga siempre triunfante por el poder de su propia virtud.

Este es nuestro sistema constitucional en materia de enseñanza, señor Presidente: esta es nuestra doctrina, que tiene algo mas que que las cien puertas de la Tebas egipcia á que hacia alusion el señor Diputado por Entre-Ríos; que no tiene puertas digo yo, porque no tiene murallas contra la escuela y la enseñanza particular.

Caben bajo estos principios todas las enseñanzas, todas las doctrinas, para que de ellas surja siempre luminosa la verdad!

Varios señores Diputados—Muy bien!

Sr. Achával Rodríguez—Si, pues, señor Presidente, estas ideas que se consideraban como un defecto en el proyecto en discusion, son nuestras mejores garantías de libertad, si las doctrinas que de ideas contrarias surjen, están encarnadas en el proyecto que en sustitucion del de la Comision se presenta, para mi serian un motivo determinante en favor del proyecto en discusion las razones que en su contra se manifestaban.

Necesitamos salvar la escuela libre, señor Presidente, única garantía posible de la libertad política de la conciencia en la vida práctica.

Convendría á este respecto recordar, señor Presidente, algo que en el discurso del Sr. Diputado por Buenos Aires este traia al debate hace un momento: la proposición del *Syllabus*.

No la tengo á la mano; necesitaria leerla testualmente. Pero puedo no obstante asegurar que esa proposición significa la misma idea que sostengo: no es el Estado, dice el *Syllabus*, el único director de la escuela, no es el Estado el único que puede dirigir la escuela pública, la escuela particular y la escuela del hogar: no puede el Estado imponer las conciencias.

Esa proposición, pues, responde á nuestro sistema constitucional; responde á una de las libertades mas preciosas consagradas en nuestra ley fundamental.

Otra objeción se hacia al proyecto, señor Presidente, sobre la cual desearia ocuparme brevemente, porque la hora es ya avanzada.

Esta objeción consistía en que el proyecto prescribe la enseñanza religiosa en la escuela oficial.

Propiamente, señor Presidente, esta observación se encuentra en las mismas condiciones que la primera á que hice referencia: no afecta al proyecto en general; y cualquiera que sea la importancia y la magnitud de la cuestión que tal disposición envuelva, es, no obstante, un detalle de la ley que podría ser suprimido con el rechazo de uno ó dos artículos sin alterar la conformación general del proyecto.

Si hubiésemos, pues, de sujetarnos estrictamente al procedimiento reglamentario, no sería esta la oportunidad de discutir tal punto, sino el momento de la discusion en particular.

Pero dada la importancia que este punto tiene, importancia que reconozco completamente, está justificado, hasta cierto punto, que haya venido anticipadamente al debate; y en tal caso no es posible escusarse, en la misma discusion en general, de decir pocas palabras siquiera á este respecto, aunque mas no sea, que siguiendo en parte á los señores Diputados que se han manifestado opositores en este órden de ideas.

Se dijo en primer lugar, señor Presidente, que la disposicion del proyecto estableciendo que en la escuela ha de haber instruccion religiosa, era contraria á la Constitucion.

Difícil habria sido, ó, algo mas, imposible demostrar que esta cláusula del proyecto era opuesta á la Constitucion.

Por el contrario, ha sido fácil demostrar, como se ha demostrado en efecto, que esa cláusula responde perfectamente al espíritu de nuestra Constitucion, que, dictada para un país católico, ha establecido disposiciones que, si no declaran espresamente que la religion católica es la religion del Estado, declaran, sin embargo, que esa religion debe ser sostenida, debe ser respetada, debe ser practicada en todas las manifestaciones del Estado.

No insistiré sobre este punto, que ha sido dilucidado con brillantez antes de ahora.

Pero no pasaré tampoco por alto otra afirmacion tan improbadora como la primera que se hizo sobre este punto.

Son inconciliables, son de una alianza imposible se decia, la enseñanza religiosa con las instituciones democráticas.

Afirmacion terrible, ser Presidente! Terrible, no únicamente desde el punto de vista de la condenacion que hace del elemento religioso, como elemento de vida social, sino tambien porque como se ha insinuado yá, hiere nuestra historia política en su página mas brillante.

Señor Presidente: ¿es que recien vamos á entrar á ser republicanos y á poner en práctica las instituciones democráticas?

Casi un siglo tenemos ya de vida republicana, de existencia democrática. Y ¡qué siglo!

¿No han sido nuestros antecesores católicos quienes implantaron por primera vez en nuestra patria las libres instituciones políticas? Sí, señor Presidente. Fueron ellos quienes fundaron nuestra libertad con sus propios sacrificios; fueron ellos quienes derramáran su sangre en los campos de batalla sosteniendo las libertades públicas, las instituciones

democráticas que un dia habian de arraigar imperecederamente en nuestro suelo.

Y nuestros antecesores eran católicos!

¡Sí! eran católicos como lo era el pueblo todo; y los principios y los sentimientos de nuestra religion eran sin duda lo que mas los inspiraba en su gran lucha por asegurar en nuestro país y para nosotros el reinado de la libertad y de la justicia.

Y bien, señor Presidente, ¿no hemos venido hasta ahora los argentinos practicando el sistema republicano, y siendo al mismo tiempo católicos? ¿No hemos sido siempre un pueblo democrático y republicano, á la vez que un pueblo eminentemente religioso?

Pero voy mas allá, señor Presidente.

¿En qué país del mundo se ha declarado que la religion y que la enseñanza de sus doctrinas sean contrarias á las instituciones democráticas?

Decir, señor Presidente, á un ciudadano de los Estados Unidos que la enseñanza religiosa es contraria á las instituciones democráticas, seria hacerle una verdadera ofensa.

¿Es cierto, acaso, como se ha dicho, que en los Estados Unidos ha sido escluida la enseñanza religiosa de la escuela oficial?

No es exacto, señor Presidente.

Hay en esto dos cosas diferentes, que es necesario no confundir.

No hay ni puede haber, se ha dicho, sociedad bien organizada sin religion.

No hay, pues, entonces ni puede haber gobierno que no fomente, que no proteja este elemento indispensable de vida, el espíritu de toda sociedad: la religion.

Pero ¿hasta qué grado se dará la instruccion religiosa en la escuela oficial primaria?

En esto está lo que constituye la diferencia entre los sistemas adoptados en los diversos países.

¿Es cierto, como se pretende, que en los Estados-Unidos, nuestro modelo en las instituciones democráticas, la instruccion religiosa esté proscrita de la escuela oficial?

¿Cómo entran los niños en la escuela oficial en los Estados-Unidos? Allí se abren todas las aulas oficiales, todas las escuelas particulares con este primer acto obligado: recitando los niños la oracion dominical, *el padre nuestro*, en que todas las sectas y comuniones religiosas están conformes. Practican, pues, los niños, la religion desde que pisan los umbrales de la escuela.

Pero ¿qué mas se hace? Al final de la leccion de cada dia, se toma el libro sagrado, y se lee uno de sus pasajes. No se les explica? Esta es otra cuestion. Pero se les enseña por ese acto que, en ese libro, está la verdad revelada, la verdad sagrada, la verdad religiosa

sobre la cual reposa la grandeza de su patria.

Esta es la escuela de los Estados Unidos. No es la escuela indiferente; es la escuela religiosa.

Se principia por enseñar al niño desde sus primeros pasos la religion, haciendo que la practique en la escuela misma.

Decir que los Estados-Unidos, de el punto de vista de su gobierno, es completamente indiferente en materia religiosa, seria otro error.

¿No tiene acaso su asamblea legislativa un oratorio,—que no tenemos nosotros,—en que todos los dias de fiesta se reunen sus miembros para hacer los divinos oficios?

¿Se puede demostrar de una manera mas completa que con esas prácticas, hasta qué punto domina el sentimiento religioso en las instituciones públicas, en los hombres de estado de aquella Nacion? No, pues.

No es exacto que en los Estados-Unidos la escuela sea atea, ni que sea indiferente.

Hay sí esto otro, que es diferente.

El pueblo de los Estados-Unidos se encuentra dividido por innumerables sectas que surgen del protestantismo, y entonces el Estado ha comprendido que no era posible formar un credo comun, un catecismo formal para la escuela, sin herir á unas sectas, favoreciendo á otras.

Y entonces se ha hecho lo que era posible hacer sin desterrar la enseñanza religiosa de la escuela, es decir, se dá la enseñanza de aquello que es comun á todas las sectas, pero no se suprime en absoluto la enseñanza religiosa. Se enseña por el contrario al niño religion, y se le enseña á practicarla en la escuela primaria.

¿Qué sucede despues en las escuelas superiores? Los norte-americanos dicen: Si por esta division desgraciada de nuestras creencias religiosas no podemos comunicar un credo comun al niño desde la escuela primaria, no podemos prescindir de él en la escuela superior; y sucede en consecuencia que todos los establecimientos de enseñanza superior de los Estados-Unidos se encuentran bajo la advocacion de una secta religiosa, en donde se enseña religion, en toda su amplitud, en donde se enseña la teología que á ella corresponde.

No está, pues, suprimida la enseñanza religiosa en aquel país, y, lejos de eso, la libertad de los norte-americanos y la firmeza de su carácter estriban indudablemente en el poder del sentimiento religioso que en ellos existe y que se desenvuelve desde la escuela.

La enseñanza religiosa, y en consecuencia la religion (porque esta es la conclusion ló-

gica) es contraria á las instituciones democráticas, se dice.

Pero, señor Presidente, en nombre de qué se establece esta proposicion, en nombre de qué se pide la escuela primaria sin enseñanza religiosa? En nombre, se dice—y se ha invocado por primera vez en esta Cámara—de las ideas liberales, del partido liberal.

Es conveniente, por mas que aparezca trivial, detenerse un momento en estas denominaciones.

Yo, francamente, creo que en esto hay mucho de un espíritu de imitacion. Sucede en Paris que si alguien va á pedir á su sastre un traje *à la moda*, el sastre se le reirá en la cara; porque hay trajes á la inglesa, trajes á la francesa, trajes á la de todas partes, y cada uno elige el que mas le conviene; porque á uno que sea delgado no le vendrá bien el mismo traje que á un grueso.

Nosotros no hacemos así: nos vestimos *à la moda*, y vénganos bien ó mal *la moda*, salimos muy contentos á la calle, vestidos *à la moda*.

Me parece que sucede algo muy parecido en esto de partido liberal y partido clerical: es la moda.

Decia, señor Presidente, que es conveniente detenernos un momento en estas denominaciones, porque, aun cuando no en el Parlamento, fuera de él ha de suceder que mas de uno no ha de querer pertenecer á lo que se llama partido clerical, no mas que por el temor de que se le crea vestido con sotana; porque, al fin, es un traje que se aproxima al de mujer; y, vice-versa, á cualquiera le gusta llamarse *liberal*.

Pero yo pregunto: ¿hay en el fondo algo de real en estas denominaciones?

En el viejo mundo, señor Presidente, la histórica vinculacion entre la Iglesia y el Estado, los intereses temporales de importancia que para el clero ha creado el antiguo régimen monárquico en aquellos países, explica perfectamente la existencia de un partido político, clerical ó monárquico y otro partido republicano ó liberal.

Pero entre nosotros, señor Presidente, donde hemos jurado una Constitucion que ha establecido los mas elevados principios de libertad, en un país en donde todos, católicos y no católicos, estamos afanados por sostener esos principios y esas doctrinas, no cabe la division de partidos políticos en liberales y clericales.

¿No estamos viendo lo que en este momento sucede, señor Presidente, que el Diputado *liberal* por Entre-Rios condena la libertad de la escuela particular, y quiere arraigar una planta imperial en medio de nuestras instituciones democráticas, mientras que el católico

y retrógrado Diputado por Córdoba sostiene la libertad de la escuela particular?

Yo pregunto, pues, ¿cuáles son los vínculos, las doctrinas que ligán entre sí á los miembros de estos partidos liberal ó clerical?

El clerical sostiene algo que cree que es la doctrina constitucional, mientras que el liberal sostiene algo que él cree tambien que es constitucional, pero que no es sin duda favorable á la libertad.

Nosotros, pues, somos liberales en la verdadera acepcion de la palabra, y estas denominaciones, como denominaciones de partidos políticos, permítaseme la frase vulgar, *son diámas*, son sonatas, que pueden ser buenas para que el pueblo se divierta, mientras se hace otra cosa, pero que no responden á divisiones políticas que puedan marcarse en el Parlamento Argentino, ni siquiera en los partidos populares.

No hay, pues, señor Presidente, tales divisiones, y si á nombre de ellas se pide la supresion de la instruccion religiosa, se invoca un título falso que ni siquiera es, como dicen los abogados, *colorado*, que tenga la apariencia de verdad.

Señor Presidente: cuando se atacó el proyecto bajo esta faz, el Diputado que lo hizo por primera vez, al mismo tiempo que atacaba la enseñanza religiosa, decia que él no concebía el hombre sin religion, en lo que para mí habia una verdadera inconsecuencia; porque si el elemento individual no es posible sin religion, no lo es tampoco el elemento social y no lo es tampoco ninguna de las instituciones que tienen que vivir en y de la sociedad y respirando por lo mismo en la atmósfera de la religion y de la ciencia indispensable á toda sociedad civilizada; al mismo tiempo, el señor Diputado preveía el argumento que nace de esta frase que ha sido criticada, pero no ha sido destruida: *la escuela atea*; y decia: se levantarán voces destempladas que llamarán á la escuela sin religion, escuela atea.

Señor Presidente: he dicho que mi palabra no tiene la ilustracion bastante, ni tiene la sonoridad de las que me han precedido; pero mi voz será una de las que, con toda la energia que me sea posible, llamará escuela atea á la escuela sin religion. No llamaré ateo, ni al Diputado que la propone, ni al maestro que la ponga en práctica; pero si llamaré atea á la enseñanza sin religion; y diré siempre que esa escuela formará niños ateos, formará una generacion de hombres sin principios sólidos, sin carácter, sin conciencia, débiles, que podrán llevar al país á un precipicio. Esto si diré.

Lo que es ateo, ni al autor del proyecto, ni á los que lo acompañan los creo tales! No!

porque el señor Diputado lo ha dicho muy bien: no hay verdaderos ateos, dado el estado de progreso, dado el desarrollo de la inteligencia humana! El ateo, hoy dia, para mí, es casi un personaje de carnaval, que se viste con un traje raro, por lo antiguo, para llamar la atencion y divertir al respetable público, pero que, realmente, no toma el traje que pertenece á sus verdaderas creencias.

No creo pues, que haya ateos. Pero la escuela sin religion, sí, seria atea.

¿Qué se enseñaria en esta escuela? ¿qué enseñaria el maestro al niño?

Le enseñará moral, le enseñará ciencias, le enseñará los primeros elementos de todos los conocimientos que puede abarcar la inteligencia humana, se dice; pero ¿podrá prescindir de la enseñanza de lo que se llama dogmas morales, y que no son sino dogmas religiosos?

Muchas veces, en conversaciones particulares, he aducido un ejemplo que no hay inconveniente en aducir aquí mismo. Señor ¿cómo enseñaria moral el maestro á un niño, si le ha de ser prohibida toda nocion religiosa?

El niño preguntaria: «¿Por qué no he de matar?» ¿Qué le contestaria el maestro? Porque el niño le observaria: «mato al buey; el hombre se muere; es un hecho natural, que sucede todos los dias ¿por qué no mataria yo al hombre que me estorba?» ¿Qué contestacion le daria el maestro?

No hay mas que una; le diria: «No puedes matar al hombre porque tiene otra vida, que no tiene el buey que matamos para alimentarnos; porque nuestra mision no está concluida aquí, en esta vida, continúa en otra».

—«¿Pero cómo se demuestra esta verdad, maestro?» El niño pediria la explicacion; porque para eso está el maestro, para enseñar.

¿Qué le contestaria?

¿Contestaria acaso con la ciencia experimental?

¿Se demuestra acaso experimentalmente la vida futura?

¿Ha podido la filosofia, siquiera, desde el principio del mundo hasta ahora, demostrar que hay una vida futura?

No; lo sabemos, porque la palabra de lo Alto así lo enseña; y sobre esa verdad revelada, verdad religiosa por lo mismo, está basado todo el orden moral, todo el orden social, todo el orden político!

El niño preguntaria: «Maestro, por qué he de obedecer á estos ochenta y cinco caballeros, que se reunen en Congreso para dictar leyes é imponerlas sobre mi opinion?» Porque, en fin, este niño procurará ser ciudadano y hombre libre!—«¿Por qué obedeceré á

esto que se llama Ejecutivo? porque tiene un sable en la mano?»

¿Por qué? preguntaría al maestro. Y el maestro sin religion contestaría: «Porque así conviene para guardar el orden, la tranquilidad». ¿Sería enseñar, simplemente, que esta es una cuestion de mera conveniencia, que el respeto á la ley es una simple cuestion de utilidad!

¿Sería esta la nocion que se inculcaría en el niño, de manera que alguna vez pudiera decir, cuando así le conviniese: «Muy bien! desde que todo es cuestion de utilidad, puede prescindirse de la ley y dejar de obedecer á los poderes públicos?»

No, señor Presidente. El maestro tendría que enseñar al niño que hay un principio supremo, que viene de lo Alto, que se llama principio de autoridad; y que no es cuestion simplemente de conveniencia, sino que tiene en virtud de ese principio el deber de respetar y cumplir las leyes de su país.

Y sobre estas verdades, repito, están basados todo el orden social, todo el orden político y el progreso de todos los pueblos!

Si suprimiésemos pues en absoluto la enseñanza religiosa, ¿qué resultaría?

Se dice: la enseñanza religiosa es la obra del hogar, de los padres. Pero hay tambien en esto dos cosas que se confunden lastimosamente: la educacion y la instruccion propiamente dicha; y por eso se agrega, un hombre puede no tener instruccion religiosa y ser sin embargo moral en su conducta, sin notar que si esto es verdad, será la escepcion y no la regla general.

Si la educacion religiosa y moral distinta de la instruccion de igual carácter, corresponde en su mayor parte al hogar, no basta por sí sola. El niño podrá en el hogar aprender por medio del ejemplo y la palabra, á repugnar lo malo; pero esto no basta, ni mucho menos; es necesario que el niño comience á saber que lo que repugna es malo y por qué lo es. No bastará acostumbrarle á tener repugnancia á no matar; será necesario que sepa que no debe y por qué no debe matar, que no debe y por qué no debe robar; que sepa por qué debe respetar la propiedad. Y todo esto, señor Presidente, no se demuestra con la ciencia, no lo demuestra la razon humana con sus propios medios. La razon de todo esto se funda en verdades inabordables para la ciencia; tan oscuras para esta como el destino del hombre, como decia el señor Diputado, como su origen; verdades que las conocemos porque han sido enseñadas y reveladas de lo Alto y directamente por Dios.

No es posible, pues, suprimir la enseñanza religiosa de la escuela.

Otra cosa diferente es, como dije antes,

saber qué grado debe abarcar, hasta qué límite debe alcanzar la instruccion religiosa dada por el maestro de las escuelas primarias; por qué sistema debe hacerse, por qué modelos, etc.

En los Estados Unidos, hemos visto que se dá la instruccion religiosa en la escuela en una forma especial, y que tiene un límite forzoso, impuesto por la situacion religiosa de aquel país. Nosotros, felizmente, nos encontramos en una situacion más ventajosa; podemos aspirar, por la unidad de nuestras creencias, que es uno de los timbres gloriosos para la República Argentina, podemos aspirar á llevar la instruccion religiosa dada por el maestro en la escuela primaria, á un grado mas alto, sin los inconvenientes que esto tendría en los Estados Unidos.

Voy á terminar, señor, porque creo que este punto ha de ser materia de una discusion más detenida en otra oportunidad, pues, como he dicho antes, creo que no es reglamentaria su discusion en esta ocasion, y que solo su importancia y trascendencia han hecho que sobre él se desarrollen algunas ideas.

Por lo que dejó espresado resulta, á mi modo de entender, que no hay razones fundamentales que afecten el proyecto en general, y que puedan decidir á la Cámara á rechazarlo, para ser sustituido por otro; que los defectos que ese proyecto, que me parece bueno é importante, pudiera tener, como toda obra humana, pueden ser perfectamente corregidos en la discusion en particular, y que las observaciones que en un carácter superior y en general se le han hecho, lejos de acusar un defecto, revelan en él bondades innegables.

He dicho.

Sr. Civit—Pido la palabra.

Sr. Argentó—Hago mocion para que se levante la sesion.

—Apoyado.

Sr. Civit—Yo acepto la mocion del señor Diputado; quedaré con la palabra para la próxima sesion.

Sr. Goyena—Hago mocion para que se declare libre el debate.

—Apoyado.

Sr. Argentó—Suspendo mi mocion, para que pueda votarse esta otra.

—Se vota si se declara libre el debate y resulta afirmativa.

—En seguida se vota la mocion de levantar la sesion, y es aprobada.

—Se levanta la sesion, siendo las 6 p. m.